



el Mercurio, supl., Jto., 18-VII-1987 p. 15.

2734

Alonso de Ovalle

000157121



HAY IMAGENES QUE sorprenden en su rollo libro: frente a la Plaza de Armas, donde luego se construyó el Palacio Arzobispal, el padre de la industria chilena, Juan Jafré, tenía casa con anteojos.

GENTE con historia

Hijo del fundador de la familia Ovalle, descendiente del marino Pastene, para romper la ignorancia del europeo sobre nuestro país escribió una obra que le valió dos títulos: "descubridor poético de la naturaleza de Chile", y "maestro de la lengua castellana".

CUANDO el Cacique Pelentaro, al nuncio de sus guerreros, cayó sobre el gobernador Oñez de Loyola dándole muerte junto a sus acompañantes, todo el mundo hispánico se conmovió. La Corona se vio obligada a aceptar que los araucanos eran un caso aparte: no era como que se diera muerte a la principal autoridad, y menos si se trataba de un sobrino de San Ignacio de Loyola.

Se decidió aumentar la dotación de soldados: de 600 a 2.000. Para tan importante partida, hubo que reunir a soldados que no eran españoles; se mandaron 60 portugueses al mando del hispano Francisco Rodríguez del Manzano.

Este, que era "de Ovalle", fundaría en Chile esta familia, al casarse con una hija del gran marino genovés Juan Bartista de Pastene. Fueron dueños de gran parte de Península.

Hijos de ellos fue Alonso de Ovalle Pastene. Educado con los jesuitas, éstos pronto descubrieron su brillante inteligencia, y a temprana edad lo enviaron a Tucumán, a perfeccionarse. A su regreso, luego de ocho años, fue ordenado.

A su padre, don Francisco, no le causó gracia este suceso. Era un hombre devoto, y el nuevo halla financiado una de las mejores capillas de la Catedral, haciendo traer una bella imagen —un Cristo, de bronce— desde Lima, para decorarla, pero tenía un hijo en la Compañía de Jesús era diferente. Por eso, el joven Alonso, con la complicity de los curas, hizo todo a sus espaldas.

El nuevo religioso, uno de los primeros criollos que ingresó a la Compañía de Jesús, se dedicó a los negros, esclavos la mayoría, y descuidados en su evangelización. De ellos se hizo querer, fundando la colorida cofradía de N. S. de Belén, cuyas procesiones serían tradicionales en el Santiago Colonial.

Luego fue nombrado rector del Convictorio de los jesuitas, el San Francisco Javier, principal centro intelectual de la época, pero la orden tenía aún más esperanzas puestas en su capacidad; se lo nombró Procurador en Roma.

Allí se encontró con que Europa desconocía todo de Chile. Y decidió escribir una "Historia Relación del Reino de Chile y de las misiones y ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús".

Lo de las misiones y ministerios eran su deber; se le envió para que mandara misioneros al país. Pero su tema fue Chile. Su obra es la primera, en prosa, sobre Chile. Trata del clima, de los suelos, de los minerales, de los animales.

Abogado de nostalgia, se delicia en la forma de las nubes, en la fragancia de las frutillares, en los tonos de las flores, en el canto de los arroyos. Con rasón se le ha llamado "el descubridor poético de la naturaleza de Chile".

Hablando de Santiago, dice que "la planta de esta ciudad no reconoce vetaja a ninguna otra", que "por la bondad del norte baña a esta ciudad un alegre y apacible río".

Escribe que el lujo de la Plaza de Madrid no supera al de la Plaza de Armas de Santiago, porque aquí "todos quieren ser señores y parecerlo...". Culpa de tanta vanidad a los señores de la Real Audiencia, que corrompieron la sencillez original, enseñando a ostentar, a "echárselo todo encima".

Aparecen imágenes sorprendentes, como la casa de Juan Jafré, "el padre de la industria chilena", en plena plaza, con anteojos. Nadie como él plantó el Santiago chileno con sus procesiones, milagros, cofradías y conventos.

Chile tuvo suerte con sus letrados. Porque los hubo, y buenos, como Ovalle o el ensayista González de Nájera, o el cronista Rosales o el filólogo Luis de Valdivia, que estudió la lengua mapuche, y porque pudieron ser publicados.

La obra de Ovalle, aparecida en 1646, en español e italiano, pronto fue traducida a otros idiomas, con gran éxito. Junto a Ercilla, Ovalle introduce al país en occidente.

Tan bien escrita está la obra de Ovalle, que un siglo después, al fundarse la Real Academia Española, se le nombra "autoridad del idioma", ejemplo de uso de la lengua.

Cuando aparecieron las discusiones de límites en América, su tabla geográfica de Chile, copiada por los cartógrafos franceses y flamencos, sirvió de pauta.

Al fin, luego de trámites y demoras, se embarca hacia su Chile amado. Pero las condiciones del viaje le impidieron cumplir su sueño. Murió tristemente en Panamá y nunca al llegar a Lima, en 1651.

Su nombre lo recuerda la calle donde está la iglesia de la orden, el templo renacentista de San Ignacio.

Con este jesuita criollo se afirma la chilendad, el poder del paisaje nacional. Su ejemplo será seguido por otros nostálgicos de la misma orden: el naturalista Molina, expulsado del país, en su agonia europea pedirá agua de la cordillera chilena; Lacunza, el original filósofo, también desterrado, dirá: "sólo saben lo que es Chile los que lo han perdido".

Por Miguel Laborde D.

Alonso de Ovalle [artículo] Miguel Laborde D.

Libros y documentos

AUTORÍA

Laborde, Miguel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Alonso de Ovalle [artículo] Miguel Laborde D.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile